

Cuentos de madrugada

Pedro Gda



C U E N T O S D E M A D R U G A D A

Pedro

Capítulo 1

Los sueños amantes

El Sol inicia su retirada. Llama al día para que recoja todo y se lleve los ruidos cotidianos que suenan aquí y allá. También a la gente con su ir y venir y con ellos al movimiento que pasea por la calle cubriendo todo con su bullicio. Su llamada suena a nana que acuna a la realidad. La cubre, relajándola para que suavice sus formas y el día, obediente, se confía y se tranquiliza. Entonces llega su complice, la noche. Ella envuelve al día en su manto de oscuridad y en un titánico esfuerzo, lo hace desaparecer.

Llega la hora de los sueños. Sueños que se alzan sabedores de que es su momento. Que se desperezan hambrientos de nuevos momentos que devorar para alimentar con ellos sus más íntimos anhelos.

Allí, en la Tierra del Silencio, en ese lugar etéreo, recóndito y secreto que es el País de los Sueños, mi sueño se adentra sigiloso como un emisario que flota en la noche amiga hasta estar cerca de ti, o quizás de tu sueño.

En esa estancia desconocida y acogedora, puedo sentir la presencia de una mujer, tú. Veo reflejada en la penumbra de la noche, tu silueta sobre el cristal de una ventana. Se dibuja inmóvil, duerme plácidamente. Es entonces cuando él, yo, en una plegaria ahogada, invoca tu presencia en el sueño y ella, tú, se alza sobre su cuerpo dormido, para así, soñarse juntos. Así, sobre ese lecho que ya no parece ajeno, entonces, libres de cualquier duda o prejuicio, se reconocen felices y se abrazan gentiles.

El cristal del ventanal, de espaldas a un cielo estrellado, refleja y custodia atento la evolución de cada uno de los movimientos de la íntima danza de los sueños amantes.

Esa noche se descubren. Unos dedos trazan itinerarios arcanos sobre la piel de tu sueño y garabatean invisibles sortilegios en un dialecto ancestral, que invocan en silencio lo más íntimo de tu ser. Identifico y reconozco tu tacto, me sumerjo en la calidez de tu abrazo, me embriago del olor de tu pelo y del sabor de tus besos... y así, se sucede un ritual secreto.

Las estrellas miran atentas tras el cristal y corren fugaces para susurrar a la incrédula luna lo que allí acontece.

Con las primeras luces del día, la luna se retira inquieta, advirtiéndolo a las estrellas del fin de su reinado. El cristal, que hasta entonces había guardado fiel en su reflejo todo lo que sucedía, cede rendido al primer claro del día.

Un fulgor creciente irrumpe en la estancia a través de las lamas de la persiana. Como si de un tigre de luz y sombras se tratara, su haz rallado cruza la estancia fugaz hasta alcanzar la esquina opuesta de la habitación. Allí, el luminoso sicario se agazapa un instante para recuperar fuerzas y segundos después, comienza a arrastrarse brillante por el suelo hasta el mismo lecho. Por un momento, los sueños parecen estar a salvo.

El felino de luz merodea cerca de los pies de la cama hasta que de un salto se encarama a ella. Sigue avanzando entre las sabanas hasta llegar a la misma puerta de la Tierra de los Sueños. Allí, en una onírica emboscada, sorprende a nuestros heraldos enredados en su danza, ingenuos y con la fuerza de las primeras luces, se abalanza sobre ellos con sus destellos y sus sombras, sin ningún resto de noche que se lo impida. El primer zarpazo los alcanza con su haz de mortal realidad. Los irredentos sueños, que se resisten incrédulos, caen finalmente desgarrados, iluminados y diluidos entre las colinas de hilo fresco y tu almohada. El sol, como rey astro, se extiende sobre toda la estancia con su naturaleza felina. Parece relamer los últimos restos de sus víctimas de entre sus garras. Su calor alcanza tu piel y te remueves inquieta.

Acabas de abrir los ojos...

Capítulo 2

Una noche larga

Desde la planta veinte del edificio se puede observar como la avenida pasa frente a sus pies para seguir su camino hacia el amanecer, perdiéndose en el horizonte. A pesar de lo numerosos carriles que la circundan, a esa hora no circula ningún vehículo y los semáforos se mantienen ociosos, con su ámbar parpadeando, en espera del nuevo día. Lo elevado de la vivienda, muy por encima del resto de las edificaciones que la circundan, la dotan de una impunidad para la observación difícil de igualar y de una privacidad tan expuesta, que el arquitecto artífice de la construcción ha sabido resaltar, dotándola de unos grandes ventanales.

Frente al ventanal sur de la estancia, una mujer de figura esbelta, con su pelo moreno recogido en un perfecto moño italiano, permanece inmóvil; su mirada se pierde en el horizonte que insinúa el alba.

Detrás de ella, en mitad del salón, un hombre desnudo yace postrado en el suelo. Sus manos están esposadas a la espalda y sus rodillas laceradas. En uno de sus costados se observa un amplio hematoma oscuro que anuncia una importante hemorragia interna. Su cansancio, mezclado con el dolor que recorre todo su cuerpo y las esposas que lo maniatan, lo mantienen inmovilizado. Un quejido gutural se escapa casi imperceptible a través de la banda de cuero trenzado que tiene anudada a su nuca y que sujeta una esfera metálica que le ocupa la boca.

El hombre apoya su frente contra el suelo mientras observa de reojo a la mujer que le da la espalda. Tensa el cuello e intenta incorporarse, pero de nuevo, resbala y se da un fuerte golpe en la mejilla, que le arranca otro quejido de dolor desesperado.

El ruido sustrae a la mujer de su ensimismamiento. Con gesto decidido se vuelve sobre él, da un par de pasos y se detiene frente a su cara. Con la puntera de su zapato empuja el rostro del hombre hasta obligarlo a girarse sobre sí mismo. Su dolor ahora es más intenso y él la mira asustado. El castigo que le ha infligido la mujer ha sido muy duro, no sabe cuántas horas han pasado ya, pero sin duda demasiadas. Su cuerpo desnudo muestra, sin lugar a dudas, un trabajo de tortura sistemática y concienzuda que no ha pasado por alto ningún punto sensible de su víctima.

Ahora ella, en un ejercicio de agresivo equilibrio, apoya el afilado tacón de su zapato de negro sobre el esternón del hombre, y concentra su peso

sobre él hasta que un leve crujido la detiene.

Sus miradas se cruzan y se reconocen. Ella, con perversa satisfacción, observa como, sus ojos inyectados en sangre le imploran que se detenga. La mujer se agacha sobre él y con tono severo le susurra al oído;

—Carlos, hoy me he convertido en tu maldito infierno.

Con un gesto suave, acaricia su pelo y desliza sus dedos por el maltrecho rostro del hombre hasta llegar a su boca. Le aparta la mordaza de cuero y con extrema delicadeza , le retira la esfera y acerca su oído a la boca de Carlos. Eva no quiere perderse ninguna de sus palabras.

Él, con el gesto desencajado y los ojos cargados de lágrimas, intenta recomponerse del tormento y recuperar energías para hablar. En un esfuerzo infinito, le susurra algo casi inaudible con su último aliento.

—Yo me muero por ser tu cielo, Eva.—Le dice.

Sin duda, el suyo ha sido un amor intenso y ellos una pareja perfecta. Este, su último aniversario.

Capítulo 3

El secreto

Los días se sucedían, con su frío y su calor, su lluvia y su viento. Él, fiel a su secreto, acudía cada mañana a su banco frente al mar. Permanecía allí sentado hasta la noche. La gente le observaba furtiva al pasar, como si en cierta forma, se sintieran responsables de su situación y su presencia allí, y eso, incomodara sus conciencias.

Sus ojos, de un gris metálico, fijos en el pasado, eran ajenos a todo lo que sucedía ante él, como si lo visto ya por ellos, fuera demasiado y sus corneas se hubieran anegado con la tristeza y la luz ya no pasara por ellas, aunque su visión era perfecta.

Desde hacía tiempo, aquellos ojos se habían convertido en un espejo que separaba dos mundos. Eran un escaparate de cristal impenetrable. Una frontera que le salvaba de las miradas indiscretas y curiosas con las que a veces, se tropezaba. Desde dentro de esa misma linde, sus recuerdos se guarecían contra su muro transparente, impidiendo que se diluyeran con nuevas imágenes y con ese encierro, se condenaba a no olvidar. Todo lo que sucedía ante él, se reflejaba en su mirada ausente sin producir un solo gesto que demostrara un atisbo de emoción.

En su interior mientras, los recuerdos, en un eco infinito, rebotaban en su cabeza como balas perdidas que, en cada impacto astillaban trozos de su alma. No había un solo rincón de su ser que no hubiera sido ya alcanzado por esa criminal metralla. A veces, en los peores momentos de desesperación, con un esfuerzo imposible, conseguía liberar alguno de ellos a través de su gris ventanal. Cuando eso sucedía, una lágrima de dolor asomaba en su mirada y un destello de alivio cruzaba su rostro. Era un instante fugaz que solo él mismo, era capaz de percibir. Enseguida volvía a sentir aquella opresión que le ahogaba.

Aquella noche había sido especialmente dura y, extrañamente, decidió no refugiarse en el albergue. Por la mañana lo encontraron inmóvil, sentado en su banco. Sus ojos, por fin estaban cerrados y su cara tenía un gesto de alivio que se parecía mucho al de la felicidad. La pequeña hilera de perlas heladas que se escapaba entre sus párpados, explicaba el desahogo.

Por fin había indultado a todos aquellos recuerdos que hacía años ya le habían matado y junto con ellos, también a su secreto.